

hubiera sido porque me cogieron á pie aviando á la dama, ellos al fin hubieran triunfado, pero de seguro más de cuatro estaban la zalea á pesar de su emboscada, su asalto y de presentarse armados hasta los dientes, abocando los mosquetes á guisa de salteadores, qué cobardes, á puntazos arriaban las mulas temiendo que se les escaparan de la vista, y orgullosos de su presa hicieron en la población el escándalo más grande para patentizar su heroicidad, insultándome vilmente; pero me estoy engolfando en cosas que ya no tienen remedio, vamos ahora á lo presente. ¿Qué hago para resarcir esta pérdida? la vil acción de ese mentecato no la cubro con mil pesos. ¿Hasta cuándo llegaré á reponer mi par de mulas tan lindas, mi caballo rosillo y demás bagatelitas que sacrifiqué? Para cargar estas mulas necesito lo menos quinientos pesos y aunque mucho más tiene mi señor padre recibidos de mí, todo ha procurado meterlo al rancho y no debe tener un peso disponible; lo que tengo repartido es una friolera, yo no puedo consentir que nada de lo del rancho se malbarate; ir á solicitar favor á la hacienda para que me den al plazo la carga, me parece arriesgado, pues si el nuevo amo duda de mí, desconfía de que le cumpla y pone cualquier pretexto excusándose, ese bochorno me mataría de vergüenza. Ahora, suponiendo que mi padre se empeñara por ahí, que poniéndose cara de palo le dieran la carga fiada, ¿adónde voy á expendarla? ya se desmascararon los guardas, y engreídos con su triunfo han de estar espionando los pasos: entretanto mudo de rumbo, tomo otras providencias y consigo habilitarme, mis mulas se enfrían, algunos marchantes se me separan, y todo mi plan y combinaciones vienen á tierra.

Por otro lado, si prescindo de la carrera, como es regular que suceda, ¿qué hago con mis mulas? tendré la necesidad de venderlas, y sólo al considerar en eso se me parte el corazón, las quiero mucho, todas me conocen, han sido mis primeros bienes, el elemento con que puedo conseguir no estar bajo la férula de un amo. ¡Qué haré, Dios mío! ¡Alúmbrame, Virgen del Buen Suceso! Y fijando la vista para el suelo, no hallaba, por más que discurría, cuál pudiera ser el modo de encontrar remedio para sus males.

## CAPÍTULO VI

La conquista. — Soliloquio. — La carta. — La bendición.  
Consejos. — Mamar chiche.

Quando estaba más engolfado en sus meditaciones, lo sacó de ellas el penetrante grito de un amigo suyo que venía por el camino contrario, y al percibirlo tan distraído disparó un excelente caballo tordillo chancaco que montaba, á tiempo que decía interceptándole el paso: — Ave María, dijo el Angel, amigo Lencho, ¿adónde vas tan desmantelado? — ¿Qué haces, Alejo? le contestó alzando la cabeza, sentándose bien en la silla y tendiéndole cordialmente la mano. — ¿Qué tienes, hermano, te miro muy distraído, tu chinchorro trasijado y de vacío, qué has tenido algún contratiempo, Lorenzo? — Sí, Alejo, ya comenzó la desgracia á perseguirme. Y le contó minuciosamente cuanto le había acontecido. — ¿Y ahora qué piensas hacer, hermano, de qué modo podrás reponerte de este contratiempo? — En eso puntualmente venía reflexionando. Y también le repitió sus pensamientos. — Hombre, el caso es grave, lo siento en el alma porque sabes que te aprecio. — Te lo agradezco, hermano, y francamente te lo confieso, estoy todo encuartado, no hay salida que dar á este negocio, aun me falta que sufrir la pena del grande pesar que le voy á dar á mi padre que ignora todavía lo acontecido, y estoy, Alejo, de los hombres más afligidos que calienta el sol.

— Efectivamente, Lorenzo, tu situación no puede ser más comprometida, yo te facilitaré los quinientos pesos para que cargues tus mulas, y más si necesitas, cuenta con lo poco que Dios me ha dado; pero conozco que vas á dilatar mucho para chisparte la espina, y que por más que te afañes nunca saldrás de perico perro, ese comercio es muy miserable y no vale la

pena correr el riesgo para sólo conseguir sacar el tlaco para la manteca : se me ocurre una cosa, Lorenzo, vamos haciendo una y buena. — ¿Qué cosa, Alejo? — Vente con nosotros á cargar tabaco, ya sabes que somos cinco buenos compañeros, contigo completaremos la media docena de los *Hermanos de la Hoja*; de mi cuenta corre que seas admitido, tienes diez bonitas mulas que aprecias y no te verás en la necesidad de deshacerte de ellas, yo te pondré la espuela habilitándote con carga, vamos por ahí á exponer tantito el pellejo y correremos una misma suerte, ¿qué dices, hermano, te resuelves? — Hombre, ese comercio de la rama es mucho más comprometido, y no sé si recordarás que hace tiempo en vano quise persuadirte que no continuaras en él. — Bastante presentes tengo tus palabras, pero ya ves el resultado, hoy te encuentras paralizado y yo tengo un capitalito regular; es verdad que se corre algún peligro, pero más fácilmente se le ve la cara á un peso; convéncete, Lorenzo, tan contrabandista has sido cargando aguardiente, como yo cargando tabaco, el riesgo es igual; pero también como no andamos con esas patrañas de pasesitos y es la renta más codiciada, además de los *zánganos*, *avispas* y *moscones* de las aduanas, tenemos á los *sabuesos*, el resguardo del ramo que directamente nos persigue, esto nos hace andar listos, y si á pesar de evitar los lances tenemos un encuentro, nos rifamos, hermano, estamos resueltos á no desamparar la carga, y primero morir que dejarnos despojar; mil veces nuestra tenaz resistencia nos ha dado el triunfo abriéndonos camino con la punta de la lanza; esa gente, como asalariada, es cobarde, y como son tan pataratos, están odiados por todas partes, mientras que nosotros, como á nadie perjudicamos, pagamos bien, protegemos con la rama á una porción de infelices que con ella se mantienen, les fiamos algunas arrobas para vuelta de viaje á un precio cómodo, y servimos á todo el mundo, nos reciben siempre con los brazos abiertos, nos dan officiosamente avisos oportunos, y en cierta manera tenemos por ahí alguna garantía. — ¿Pero y los ladrones que abundan por los sitios que vdes. transitan? — Esos bribones nos tienen un miedo cervical, les hemos cargado el matado, impuesto la ley, y al que se le duerme el gallo ó la quiere echar de valien-

tito; le apesta el pescuezo á lazo de puerco; con dos ejemplares que hemos hecho, hemos metido á todos en cintura, de manera que cuando nosotros pasamos por sus comederos, nadie nos inquieta; como les sabemos sus guaridas, no hay lugar á que se atrevan á jugarlos una mala partida, los tenemos obligados á que en dos leguas en contorno de nuestro tránsito no sanjuañeen, bajo la pena de ser colgados en donde los encontremos, con eso ellos no se meten con nosotros y nos temen más que á la justicia; conque prescinde de frívolos temores y determínate á ser de los nuestros.

— Hombre, Alejo, para resolverme necesito consultar á mi padre, ya sabes que lo respeto mucho y no hago nada sin su conocimiento. — Pues, entonces, hermano, desde ahora te digo que hemos gastado de balde la saliva, porque es seguro que no le acomode, se empezará á figurar cuanto malo pueda sobrevenirte, y hará cuanto pueda por quitarte de la cabeza semejante idea. — Pero, hombre, qué quieres que haga, yo me he propuesto siempre contar con él, no haré nada sin su voluntad, y quiero ver si lo convenzo para no darle un disgusto.

— Mira, Lorenzo, no seas niño, ¿cómo quieres persuadir á un amante padre, que quisiera tener á su hijo dentro de un nicho para que ni el aire lo ofendiera, y mientras estar trabajando como un negro, acabándose la vida para dejarle algunos bienes á su fallecimiento? si tú tienes empeño en hacer suerte y trabajas, ¿por qué lo haces, respóndeme con franqueza? — Hermano, lo hago porque tengo empeño en ver si consigo ayudar á mi padre á que tenga una vejez descansada. — Pues peor para ti, ¿qué te parece bien estar mirando á tu padre continuamente pegado al yugo, agobiado por los años, mientras que tú, joven fuerte y robusto, te estás mano sobre mano alabando el prodigio? eso no hace un hijo que sabe su deber, ¿qué te suponen los riesgos y penalidades si en corto tiempo podrás auxiliar á tu anciano padre con una cosa regular? sacude el polvo de estos andurriales, pon en juego tus potencias, y para que no te vuelva á suceder otra calamidad como la que lamentas, júntate con los hombres, tú no eres cobarde, ya te dije que de mi cuenta corre que te admitan mis compañeros, son unos charros desengañados, nos hemos juntado para mutua-

mente defendernos, hemos jurado cumplir fielmente con las únicas condiciones de nuestra sociedad, que como los mandamientos, se encierran en dos, y son que haciendo intereses comunes, seamos *todos para uno y uno para todos*. Desde que caminamos bajo estas bases, hemos resistido regulares combates, y se necesita que á todos nos acaben para que deje de existir nuestro solemne juramento. ¿Qué dices por fin, te determinas?

— Siempre quiero consultarlo á mi padre, yo creo persuadirlo y te escribiré mi resolución. — Pues entonces, amigo Cabello, perdóneme que le haya interrumpido sus téticas meditaciones, vaya á ver si ya puso la gallina, saque los pañalitos al sol, y cuídese del frío no vaya á coger un constipado; me engañé, pues al mirarlo así montado se me había figurado que tenía calzones; no le vendría mal un zagalejo ya que tiene un corazón de paloma. — Alejo, tú me insultas, y si no fuera porque eres mi amigo, no te hubiera dejado provocarme.

— ¿Pues qué te detiene, con dos mil de á caballo, para no determinarte? bien conozco que eres sumamente obediente á tu padre; pero al mismo tiempo considero tu situación, el empeño que tienes por auxiliarlo y que tenga una vejez más descansada; pues ya te abro la puerta para que lo consigas prontamente, es tu deber arriesgar los cuatro cuartos si se ofrece, por no andar de nixtamalero perdiendo el tiempo y exponiendo el capital por tan miserable utilidad: al asociarte con nosotros te echarás encima el compromiso de mirar por nuestras familias como propias, de ser *todos para uno y uno para todos*; pero en compensación, tendrás la ventaja de que hay quien mire por tus intereses como suyos, y de que si hoy tu padre cuenta con un hijo que se sacrificaría por él, para lo sucesivo tendrá cinco más que cubrirán tu falta en un lance desgraciado. — Basta ya de palabras, Alejo, tus últimas expresiones me han llegado al alma; me voy contigo, estoy resuelto; quiero ser *Hermano de la Hoja* y probarte á la faz del mundo entero, que porto calzones porque sé sostenerlos, y que tratándose del bienestar de mi padre no me tiento el corazón, ni hay nada que me acobarde; pero ayúdame á discurrir, ¿cómo le participaré mi resolución sin que le cause mucha pena? — Hombre, eso no es fácil de lograrse; yo me encontré en igual apuro y me quité

las puntas con echar una madrugada, porque, hermano, ojos que no ven, corazón que no siente; en el supuesto que ya estás resuelto, si no te parece mal, me llevaré tus mulas para que no vayan á pasear hasta el valle, tú sigues tu camino para ir á sacar de cuidados á nuestro padre, le das su tanteada, y si ves que la cosa se dificulta, le dejas una carta de despedida, cargas con lo que debas necesitar y echas el volido; tendrá su pesar, eso es preciso, pero ya no podrá impedirtelo, y tarde ó temprano, te recibirá con los brazos abiertos, es padre y te ama, además que tu ausencia no debe tardar mucho tiempo; en fin, ya te facilito el modo, tú sabrás cómo lo pones por obra en último caso; ¿tienes un arriero fiel y hombrecito para que se venga contigo? — Este que me acompaña hace más de cinco años y se ha criado en mi casa. Oye, Simón, ya has escuchado todo: ¿quieres continuar conmigo y acompañarme á cargar tabaco? — Sí, señor amo, con mucho gusto, respondió el arriero. — Pero es que allí se dan y reciben balazos. — Ya sabe su merced que no soy manco, y hemos almorzado algunos conejos que yo he tirado. — ¿Qué no te harán correr los pelotazos? — ¡Quién sabe, señor! puede que no, y lo único que le digo es que adonde se encuentren tirado á su merced, también estará tendido Simón. — Pues no hablemos más; ataja las mulas y véte con mi hermano para su rancho.

— Ahora vamos á otra cosa, prosiguió diciendo Alejo mientras Simón recogía las mulas y las retrocedía; te advierto que dentro de tres días tenemos que marchar, que el punto de reunión es en mi casa, no nos vayas á entorpecer el viaje; como creo que no debes de tener nada que llevarle á tu padre, toma lo que gustes. Y sacando de la bolsa de sus lujosas calzoneras un puñado de onzas, se las presentó á Lorenzo.

— ¿Qué significa eso, Alejo? le preguntó sorprendido. — Nada, que tomes lo que gustes, ya te lo dije, para que le dejes algo á mi padre. — ¿Pero cómo me facilitas ese dinero? — Como tú quieras. — Pues siendo así, aquí tomo prestadas estas cinco onzas, que te pagaré después. Guardóselas, se abrazaron cordialmente diciendo Alejo al separarse: — Adiós, hermano, hasta el miércoles, en mi casa te espero sin falta. — Adiós, Alejo, primero faltará el sol, ya me conoces: adiós,

Simón, y picando su machito, siguió recto el camino del Huizachal, mientras que Alejo y Simón, arriando las mulas, atravesaron por Jaripeo el Grande con dirección á Contepec.

Ya que había andado un buen trecho, volvió de nuevo Lorenzo á su soliloquio, exclamando : — Nadie diga zape, hasta que no escape : ¿quién me había de decir hace como tres años que me ocupaba en sermonear á Alejo para que no fuera contrabandista de la rama, cuando pasábamos los días enteros entretenidos en estudiar suertes de tauromaquia entre las barrancas de las lomas de Tepustepec, sorteando el ganado bravo que podíamos arrinconar, que ahora él fuera quien me enjaretara á pertenecer á los valientes *Hermanos de la Hoja*? Y la verdad fué un necio en no haber admitido desde luego sus generosos ofrecimientos, y no haber dado lugar á que me dijera algunos insultos, que no sé de dónde me salió paciencia para sufríroslos; ya se ve, tuvo razón, se pensó que yo no desdenaría su proposición, y ofendido por mi falta de resolución, la buena amistad y franqueza con que nos tratamos le hizo decirme más de cuatro majaderías : nos hemos querido siempre, es uno de mis mejores amigos y no podía hacer más en mi favor que habilitarme, hablar por mí para que me recibieran sus compañeros y hacerme participante de su buena ó mala suerte. No sé cómo se fué apareciendo á tan buen tiempo, porque si sigo pensando en mi desgraciada situación, seguramente pierdo el juicio. ¡Quién sabe si la casualidad me lo trajo para mi ventura, ó la fatalidad me precipita para dar un paso más en mi desgracia! Será lo que Dios quiera; á El me encomiendo y Su Majestad Divina me dará resignación para sufrir, en caso de que sobrevenga algún contratiempo; ya me comprometí, y á pesar de la triste experiencia que he tenido de salir mal en mis empresas, no me arredran los inconvenientes : emprendi amar á la mujer más candorosa y que me llamó la atención; en más de cuatro años de mutua correspondencia, no entibiaron mi amor mil ocurrencias que se fueron sucediendo; pero ella desaparece y sufro más de dos años y medio de cruel incertidumbre buscándola : por fin, llego á saber de ella, me dejan á mi entera libertad la elección de mi suerte, y como la encuentro hecha una dama de todo mérito, rica y pretendida

por una persona bien acomodada; al convencerme de esto, conozco que yo soy el que el hado le destina para hacer su dicha. Mucho la quería para no hacerla descender de donde estaba y estorbar que siguiera elevándose hasta donde yo jamás podría encumbrarla. Al ver yo mismo sus intereses, un frío glacial corría por mis venas; á cada alhaja y cosa de valor que apuntaba en la lista, creía ver su imagen irse ausentando de mi pecho proporcionalmente, resfriándose mis ilusiones, extinguiéndose por grados mi amor, hasta que la razón me hizo decidirme por mi padre, de manera que esa empresa no pudo ser más desgraciada. Continué el giro que por buscarla había emprendido, y ha sido mi desengaño bastante doloroso por cierto, la empresa de aguardiente pintó en cochinilla; vamos á ver qué sucede con esta otra, yo estoy resuelto, me repongo de lo perdido y hago suerte ó estaco la zalea; adonde acabe el perro concluye la rabia. Y afirmándose con estas y otras reflexiones en su nueva determinación, apuraba al machito para llegar cuanto antes á su casa.

D. Juan Cabello, tan luego como pasó el término en que generalmente volvía Lorenzo de su viaje, comenzó á entrar en cuidado por su demora, y cada día que pasaba sin tener noticia, crecía más y más su pena; lo más de los días se estaba subido en un cerrito chico que estaba á un lado de su casa, inmediato al que le llamaba el divisadero, porque dominaba su altura á la vega y principalmente al camino real : cada polvareda que percibía por el tortuoso rumbo de Capirio, se figuraba que la causaban los animales de Lorenzo, y decía : — Ahora sí, ya viene el chinchorro, ya no dilato en estrechar en mis brazos al hijo de mi corazón. Pero acercándose los que tanto le habían alegrado, veía que eran burreros, otros hatajitos ó ganado, y entonces se apoderaba de él una profunda tristeza, imaginándose mil cosas fatales, aumentándose con esto su malestar; comía poco, dormía lo mismo y en una inquietud insoportable pasaba horas enteras, pensando en siniestras suposiciones, hasta que la noche obscurecía y ya no podía distinguir ningún objeto, se retiraba del divisadero lleno de melancolía.

Una tarde al obscurecer, cuando estaba más engolfado en sus alarmantes pensamientos, columbró á Lorenzo que montado en

su macho lo avivaba para llegar aprisa, y que cuando advirtió que su padre lo esperaba encumbrado en el divisadero, puso al macho á todo correr, haciéndolo brincar por aquellos peñascos, cortando camino para no dilatarse. El anciano, por el gusto de abrazar á su hijo, bajó precipitado á su encuentro y no fijó la atención en que venía sucio, distraído y solo. Pasado el primer momento de su arrebató lo advirtió; pero no quiso preguntarle nada temiendo un desastre. Así que acabó Lorenzo de desensillar, abrazó á su hermana y cuñado, y reunidos todos en la mesa se pusieron á cenar: cuando concluyeron, relató Lorenzo su contratamiento sin omitir ningún pormenor.

— ¿Y las mulas que te quedaron, adónde están? ¿por qué las has abandonado? dijo D. Juan. — Las he dejado atrás porque pienso tomar otro giro. Y le relató parte de lo ocurrido en el Huizachal de Jaripeo con su amigo Alejo, y cómo éste lo habilitaría con carga y por su recomendación sería admitido á ser *Hermano de la Hoja*.

— Está peor el remedio que el mal, Lorenzo: bien dicen, que el que hace un cesto hace ciento. ¿Conque en vez de escarmentar con lo que acabas de pasar y convencerte de que ese modo de buscar el dinero es muy arriesgado, y procurar quitarte de contrabandista para enmendar tu yerro, y resarcir tu pérdida, tomas el asunto de otra manera mucho más peligrosa y lo vas á emprender en más alto grado? Si antes que tus viajes han sido cortos, me has tenido en un continuo sobresalto, temiendo que te aconteciera una desgracia, ¿qué será cuando sepa que, transitando un camino tan largo, continuamente estarás en el mayor riesgo? Aunque conozco bien á qué clase de sujetos te vas á asociar, y que sin duda como buenos rancheros cumplirán su juramento, se defenderán como leones y harán suerte en poco tiempo, nadie está safo de una mala hora: una emboscada, una delación, las balas también atraviesan el pecho de los hombres trabajadores, no saben respetar á los valientes, y en una palabra, « el que busca el peligro, en él perece », nos dice el Espíritu Santo. En ese ramo, en el estado en que hoy está, ya no se interesan bienes nacionales, que siempre han estado desatendidos; hoy se versan bienes particulares de los contratistas monopolizadores del estanco, y éstos,

ávidos de codicia, no han de perdonar medio y han de tomar cuantas providencias les sugiera su capricho, para evitar que se les extraiga una hoja de tabaco. Nada les supone sacrificar á medio mundo con tal de salirse con la suya; tendrán bien pagado y montado á su resguardo para que persiga á muerte á todos los que les usurpen el derecho de compra y venta, pondrán en juego mil estratagemas, se valdrán de viles ardides, y mucho me temo que esa sociedad de un puñado de valientes, los dichos Hermanos de la Hoja sean el blanco adonde dirija sus tiros la sed de oro de unos cuantos avarientos.

— Es verdad, hermano, prosiguió diciendo la hermana, esa carrera es muy comprometida, eso de andar con el Jesús en la boca, padeciendo mil privaciones á todas horas, sobresaltado, sin poder comer ni dormir á gusto, es muy amargo; hay mil modos de buscar el dinero sin tanto riesgo, puedes vender las mulas, alquilar un rancho ó lograr un buen destino, no eres maniaco, y sin dificultad podrá conseguirse.

— Dice bien ésta, Lorenzo, continuó diciendo su cuñado, si no te quieres deshacer de tus mulas, no faltará donde fletarlas ó seguir poco á poco en el giro que ya conoces; en fin, no será necesario que te separes de la casa ni te alejes mucho de nosotros, aquí podemos todos trabajar y no le causarás tanto disgusto á mi padre.

Mirándose Lorenzo atacado por todos lados, no quiso explorar más el campo sino que dijo: — Tienen vdes. mucha razón, el negocio no es así no más tan sencillo como me lo había figurado, es necesario pensarlo, al cabo tenemos tiempo para meditar, por ahora vamos á descansar, tengo más de un mes de estar mal durmiendo á raíz del suelo frío y voy á dormir como un lirón, á quitarme esta ropa que ya me escalda, ya veremos mañana lo que se determina, consultaremos á la almohada. Les dió las buenas noches, besó con entusiasmo la mano de su padre, y se metió para su aposento, se mudó de limpio, vistió su mejor ropa, y reflexionando decía para sí mismo: Esto no tiene más remedio que dar el volido, mi padre solo se ha limitado á advertirme los inconvenientes y riesgos del negocio, ha de ver cómo me coge á solas para hacerme desistir, y adónde me suplique ó interponga su amor, yo no he de poder resistir y quedé con Alejo

y sus compañeros en opinión de hábil, se llevó mis mulas como en rehenes, dudoso sin duda de que yo no cumpliera mi palabra, por manejarme con la misma franqueza que él se ha conducido, no opuse resistencia y obedecí á lo que dispuso. Tampoco mi hermana ni Angel mi cuñado están por el artículo, y adonde huelga algo, es capaz ella, llevada del cariño que me tiene, de obligar á su marido á que me esconda mis caballos en el cerro, ó inventar cualquiera otra cosa para entorpecer mi marcha: diremos como decía mi patrón, el llanto tras el difunto. Y sin perder tiempo tomó papel de un cajoncito de su mesa, se puso á escribir muy consternado la carta siguiente: « Padre mío muy amado: Pareciéndome que le será menos sensible mi separación si no me ve partir, he aprovechado la obscuridad de la noche para marchar á cumplir mi compromiso.

« Las críticas cuanto angustiosas circunstancias que acabo de pasar, y el empeño que tengo en hacer mi suerte para poder ofrecerle alguna cosa que alivie su penosa vejez, me pusieron en el caso de aceptar las generosas ofertas de mi amigo Alejo: ya le dí mi palabra y marché á ser *Hermano de la Hoja*. Vd. conoce bien á qué clase de personas voy á pertenecer, y aunque arriesgado ese comercio por los peligros á que están expuestos, unidos se han hecho respetar de sus enemigos, temer de los bandidos y dado á querer de cuantos los conocen: saben ser fieles á sus compromisos, y por lo mismo cumplir sus juramentos. En este supuesto, señor, desde este instante no cuente con un solo hijo, sino con seis; esto más que todo me hace tener algún consuelo, pues estoy satisfecho de que mis hermanos, sus nuevos hijos, sabrán cumplir con su deber si por desgracia yo faltare.

« En fin, padre mío, no se figure que luego he de tener una desgracia: tengo puesta mi confianza en Dios; su santa bendición me confortará, sus frecuentes oraciones me cuidarán, y el amor á mi padre me dará valor: deponga todo cuidado, que yo procuraré por mi propia conservación, para no darle una pesadumbre y evitar en lo posible el exponerme.

« Animo, padre mío; perdone el no haber contado por esta vez con su beneplácito, pero ya le digo cuáles son mis intenciones: escribame para Puebla, porque mientras no vea que me

perdona y bendice, no dejaré de padecer el cruel martirio que en este instante despedaza mi corazón, por haberme largado violentamente, sin tener el gusto de estrecharlo contra mi pecho, de renovarle mi cariño, de patentizarle mi amor.

« Adiós, por fin, padre idolatrado: quítame esta espina que me martiriza, ensanche mi alma comprimida y reciba en estas lágrimas que ensucian esta carta, la despedida de su hijo — Lorenzo ».

« P. D. Le dejo cinco onzas que me hizo favor de franquearme mi hermano Alejo, y unos valecitos que me deben para que los cobre. — Vale. »

Bañó con sus lágrimas la carta, metió dentro de ella las onzas y la dejó sobre la mesa en el sitio más visible; se salió de puntitas para el zaguán, quitó con mucho tiento el cerrojo y lo dejó listo: con las mismas precauciones sacó sus caballos, á los que entrapajó de pies y manos, ensilló, colocó sus armas, su reata, una muda de ropa blanca, dos jorongos, y estirando sus dos caballos favoritos, fué atravesando el patio sin ser sentido de ninguno: al pasar por enfrente de la estancia de su padre se detuvo, y con voz casi imperceptible exclamó, sintiendo un gran dolor en el pecho, un nudo en la garganta y con los ojos preñados de lágrimas: — ¡Adiós, padre de mi alma! ¡adiós! ¡quién sabe si nos volveremos á ver! Y tomando el estribo, montó violentamente, limpiándose los ojos con el anverso de la mano, y exhalando un profundo suspiro salido de lo íntimo de su corazón, siguió andando, pero al estirar el brazo para abrir la puerta del zaguán, se detuvo el caballo al tirón que de las riendas le dió una convulsa mano; fijó la atención para aquel lado y quedó sorprendido al ver á su padre parado enfrente, cruzado de brazos y que con voz entrecortada por su dolor, le dijo: — ¿Es posible, Lorenzo, que no te merezca este pobre viejo siquiera la atención de que le digas adiós, tal vez por la última de su vida? ¡Ya se ve! eres un ingrato, véte, que Dios te ayude, y abríde de par en par la puerta, dejándole libre el paso, haciéndose á un lado, queriendo en vano ocultar sus lágrimas y dolor. Se apeó Lorenzo precipitado, se arrojó á sus plantas, y abrazándole las piernas, le decía: — ¡Perdón, padre mío! ¡Mátame, señor, pero no me diga ingrato! Esa palabra, salida de sus la-

bios, me ha llegado al alma : por el amor de Dios, retírela, señor padre ; dígame cobarde, porque no he tenido valor de entrar á despedirme : ya le dejaba dicho en una carta que encontraría sobre la mesa de mi cuarto, mis excusas, el grande sentimiento que me causaba separarme de su lado violentamente, el fuerte compromiso que tengo contraído con esos hombres, que me hacen participar de su suerte y de su fortuna : por la memoria de mi madre, que le fué tan querida ; por el amor que me tiene, señor, déme su beneplácito y que no vuelvan á escuchar mis oídos esa expresión de « ingrato ». D. Juan no podía responder, su llanto le había embargado el uso de la palabra, y al inclinarse para hacer á su hijo una demostración de cariño, sintió Lorenzo humedecerse el rostro con las lágrimas de su padre ; se paró frenético tentándose la cara, y exclamó : — ¡Qué es esto, señor padre ! Vd. llora y yo soy la causa de su llanto ; no, no me voy, y le dió al caballo un manazo por el cuello para que se metiera. — ¿Por qué haces eso, Lorenzo ? le preguntó el anciano, admirado de tan violento cambio. — Porque aprecio más estas lágrimas que cuanto hay, contestó : que digan que soy informal, que se pierdan mis mulas ; todo ello nada me supone, señor padre ; ya he dicho en otra ocasión que primero es vd. que cuantos tesoros encierra el mundo : mas que me cueste la vida, no me voy. — ¡Cómo es eso de no me voy ! dijo D. Juan con tono serio ; ¿qué no tienes palabra ? ¿y tan fácilmente olvidas tus compromisos ? ¿Qué sucede por fin, Lorenzo ? — Ya lo dije, señor, me quedo. — Pues arrima ese caballo, yo iré por ti : dejarías de ser mi hijo, te despreciaría, te maldeciría, el día que supiera que eras un informal, un veleta, un charlatán. Jamás consentiré un borrón semejante en mi familia ; se me caería la cara de vergüenza delante de los que supieran que mi hijo, el que lleva mi apellido, por cuyas venas circula mi sangre, tenía en poco el cumplimiento de lo que ofrece. — Pues entonces, señor, si sabe el fuerte compromiso en que estoy, ¿para qué me hace prescindir con sus lágrimas ? — ¿Acaso te dicho que no te vayas ? te hice advertencias por los continuos riesgos á que te exponías, te manifesté el pesar que me ibas á causar, y estas lágrimas que tan repentinamente te han hecho mudar de parecer, han sido arrancadas por el sentimiento de

que te fueras sin darme el gusto de estrecharte en mi seno ; el despecho al ver que ya estabas montado y próximo á salir de la casa, me hizo detener al caballo y titularte ingrato ; tengo experiencia, conozco los contratiempos ; al golpecito de fortuna que acabas de sufrir, se te cerró el mundo, te encontraste con tu amigo, te proporcionó una salida, te comprometiste, y como muchacho, con la sangre ardiente, vas entusiasmado á buscar fortuna entre los mayores peligros ; á mí no me queda otro arbitrio que encomendarte á Dios y en sus divinas manos encomendar tu suerte : esta es la verdad.

— Entonces, padre mío, vuélvame á su gracia, no me juzgue ingrato, ya le dije que me llamara cobarde ; con su voluntad marcharé conforme, con su bendición me quita un cruel remordimiento ; déjeme partir confiado en la Divina Providencia, que nadie muere la víspera sino el día : en vd. mismo está el ejemplo : cuántas veces lo aturdió el silbido de las balas en tanto año de insurgente, y...

— Híncate, Lorenzo, te bendeciré, marcha cuanto antes, porque es necesario que pases del pueblo antes que esclarezca el día y procures salir del valle sin llamar la atención.

Se hincó Lorenzo, lo bendijo su padre con la mayor solemnidad, él le besó la mano humildemente y se abrazaron con ternura. — Mira, hijo, le dijo limpiándose los ojos, llévate mis trabucos, tienen buenas lumbres y son de mucho alcance, consérvales como un regalo mío, con ellos está la canana llena de cartuchos. Lorenzo entró á tomarlos y se los acomodó en la cintura. — Anda, saca mi caballo prieto y llévatelo enfrenado : nunca dejes de tener listo un caballo de mano ; á esta prevención debo yo la vida. Cuando ya estaba obedecido prosiguió :

— Ten presente, hijo mío, que en la carrera que por desgracia vas á emprender, se necesita mucha prudencia, procurar siempre evitar un lance y no provocarlo ; pero en un caso inesperado, serenidad, sangre fría, no precipitarse, no dar ocasión á que el enemigo entienda que se le tiene miedo ; pero si á pesar de eso es indispensable sucumbir, procura salvar la vida, que vale más que cuantos intereses defiendas. Por último, como vdes. van ocupados con sus mulas, no deben buscar aventuras, sino parajes seguros por donde transitar, tomar pre-

cauciones, aprovechar descuidos del enemigo, huir disimuladamente de su vista y excusar su presencia : graba bien en tu imaginación estas palabras, que les han de ser de más provecho que los mosquetes listos : *Con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión.* Discurran el modo de librarse y no se fíen en sus propias fuerzas : ¿ya llevas ropa y tus avíos de camino? — Sí, señor. — Pues en marcha y nó olvides mis expresiones. Repitieron su abrazo, y partió Lorenzo estirando sus dos caballos de mano : iba ya bajando, cuando le sonó las manos su padre, volteó él á verlo, y el anciano le dijo : — Llévate al perro. ¡Sultán! ¡Sultán! y apareció un hermoso mastín amarillo, lanudo, de raza de lobo; anda á acompañar á tu amo, cuídame. Y como si el animal entendiera la recomendación que se le hacía, hizo unas cuantas fiestas á D. Juan y partió á alcanzar á los caballos, mientras el triste padre desde el zaguán le seguía echando bendiciones á su hijo hasta que lo perdió de vista. Se metió para dentro lleno de pesar, recogió la carta y las cinco onzas, se arrodilló delante de una Imagen de la Santísima Trinidad, y con ferviente oración le encomendó la suerte de su hijo; se tiró en su cama, vestido, á esperar que amaneciera, haciendo memoria de algunos años antes, diciendo : — ¡Qué coincidencia, Dios mío! en la madrugada de un día martes, fecha 20, y casi á la misma hora, partí de mi casa con el corazón lleno de fuego, á pelear por la independencia de mi patria, dejando á mi pobre madre sumergida en el mayor dolor y anegada en llanto : tarde ó temprano, todo se paga, y ahora que yo siento tanta pena, conozco cuál ha de haber sido la que le causé. Descanse vd. en paz, madre mía, ya está vengada : ruegue por su hijo y por su nieto.

— Cuando se desvaneció un poco el pesar que también me causó separarme, prosiguió, me sentaba bien en la silla, me consideraba invencible porque montaba un caballo regular, llevaba un mohoso machete que fué de mi padre, una reata nueva estirada y cinco pesos en la bolsa, teniendo en poco el sacrificio de mis intereses, mi juventud y mi vida, ostentando con mucho orgullo el lema de mi sombrero que decía : *Independencia ó muerte.* ¡Dios quiera que, como yo, llegue Lorenzo en su vejez á hacer un recuerdo de este día, sin

que la causa sea el amargo sinsabor que me atormenta!

A poco rato entró su hija precipitada, diciendo : — ¡Padre! ¡padre! ya se fugó Lencho; y tras ella su marido continuando : — Y nó sólo se llevó sus caballos, sino que arrió también con el prieto de su merced.

— Se equivocan, respondió D. Juan sentándose en la cama; Lorenzo ha marchado á emprender su nueva cuanto arriesgada empresa, con mi beneplácito; le he echado mi bendición, le regalé mis trabucos y caballo, hice que se llevara el perro, y ya no tuve más que darle para que fuera bien aperado, deseando con mil amores quitarme treinta años de encima, para ir á acompañarlo y presentar mi pecho al tiro que le dirijan, al lanzazo que le asesten; pero nó hay remedio, el muchacho está comprometido, era preciso nó hacerlo quedar mal, y prefiero el intenso dolor que padezco y la cruel incertidumbre en que voy á vivir, á nó ser causa de que cometiera una vileza, una informalidad. Conque vdes. guarden silencio, á nadie digan cuál es su ocupación, encomiéndenlo á Dios, y ocultamente lloremos su ausencia; vamos cada cual á sus quehaceres, y que la Divina Providencia nos lo guarde.

Lorenzo, entretanto, apretó el paso para atravesar por Jungapeo, á medio huizachal le amaneció, se paró un instante y repitiendo las palabras de D. Juan que tanto le recomendó, dijo : *Con astucia y reflexión se aprovecha la ocasión,* dice bien mi señor padre, cortemos para el cerro de los Chaparros y allí me estoy hasta la noche, porque si sigo de frente me encuentro con los conocidos y comienzo á infundir sospechas al verme con dos caballos de mano, maleta, mis armas, y si me preguntan á dónde voy, nó les he de decir la verdad; al medio día daré agua, y mientras me habilito de bastimento, comeré frutas, que tanto abundan en estos sitios; pitallas, garambullos, plátanos, limas, guayabas, seguro está que me acosije el hambre. Y se encumbró al cerro, desensilló, persogó sus caballos, recogió frutas y á la sombra de una frondosa saiva, se tiró boca abajo mirando á cuantos transeuntes pasaban por el camino. Qué tal, decía, allí va fulano, por acá viene zutano, y así se divertía imaginándose cuántas cosas dirían de él si les echaba una mentira; ya serían como las diez, cuando percibió distinta-



mente á su padre, que montado en su viejo tortuguillo, iba para Tuxpam á cobrar los valecitos que le dejó su hijo con su carta de despedida.

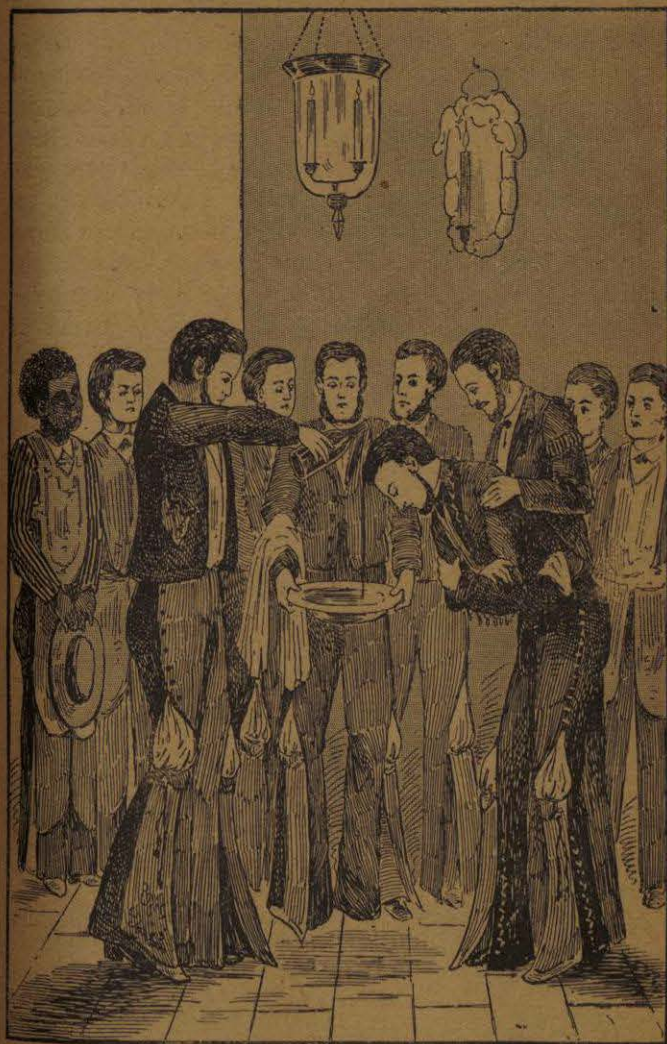
— ¿Qué sucede? dijo Lorenzo parándose y hablando solo, si lo llamo, tal vez vuelve á renovar su dolor ó derramar más lágrimas; ya me considera muy lejos y habrá comenzado á conformarse. ¿Pero cómo he de consentir que pase en mi presencia como cualquier indiferente? El mismo placer que yo siento al estar á su lado, ha de sentir conmigo; sería una vileza el excusarme: no, yo no lo dejo pasar sin darle un abrazo, sin que me vea. Y poniéndose un dedo doblado en la boca, le comenzó á silbar fuertemente; pero la distancia impedía que le llamara la atención, por lo que, mirando que no dilataba en emboscarse, tomó al perro de las orejas y le decía: — Mira, Sultán, mira, allí, allí va mi padre, anda á llámármelo, y le señalaba el bulto con el brazo tendido: luego que el perro lo percibió, se desprendió de sus manos, y cortando por aquellos breñales, se fué veloz al alcance de D. Juan, presentándosele en menos de diez minutos, haciéndole fiestas, sacando tamaña lengua de la fatiga. — ¡Hola! amigote, le dijo, de veras que caminan á la ligera: ¿dónde está tu amo? Y quebrando el caballo para el rumbo que trajo el perro, éste comenzó á subir sirviendo de guía: D. Juan fijó la vista para la cumbre y vió á Lorenzo que con el sombrero los llamaba. — Qué pronto se te acabó la pita, Lencho: al verte partir creí que ibas de extraordinario y que á estas horas estarías á algunas leguas de distancia, le dijo al llegar.

— Señor padre, como me encargó su merced eso de *Con astucia y reflexión...* quiero aprovechar la ocasión de caminar de noche y no dar en qué pensar á ninguno. — No me parece mal; ¿pero y mientras qué comes? — Ya ve vd., señor, pitallas, plátanos y otras cositas que pensaba ir á pepenar por ahí: ¿qué tiene vd. mucho que hacer, padre mío? — Y aunque lo tuviera ¿qué se te ofrece? — Una simpleza, señor, que pasemos juntos un día de campo, quiero estarme á su lado: vamos, le recordaré una palabra de nuestro buen amigo el coronel, quiero... mamar chiche. — Con mucho gusto, hijo mío; pero haremos la cosa más en forma: yo no me conformo con sólo

frutas silvestres como los jabalíes: levanta tu campo, vas faldeando este cerro hasta bajar al arroyo; allí das agua, tomas la loma del frente y sin dejar de seguir el apantle, llegas al Buen Suceso, atraviesas el vado, cortas por el limonero y no vas á parar sino hasta la cima del cerro de la Culebra, mientras yo me voy derecho para Tuxpam, cobro estos valecitos que me dejaste, habilito mis arganas, y saliendo por el puente, me reuno contigo poco después de medio día. Cada cual tomó su camino y á la una estaban ambos en la cumbre de dicho cerro sentados al pie de una ziranda; sobre las armas de pelo que servían de mantel, estaban abundantes cosas apetitosas y cuatro botellas de vino: almorzaron perfectamente, continuando D. Juan en dar á su hijo mil consejos y prevenirle muchas cosas; cuando acabaron de satisfacer su necesidad, se recostó Lorenzo, descansando la cabeza sobre las piernas de su padre, le dijo: — ¿Quién le mandó quererme? Vd. esta noche reposará en su casa muy descansado, mientras que yo iré por esos cerros cayendo y levantando. Lo acomodó D. Juan, y como le cogía aquella siesta bastante molido de los días de la cárcel y desvelado de la noche anterior, se durmió profundamente, mientras que su padre le vigilaba el sueño, no queriendo ni resollar por no interrumpirlo, pensando siempre en mil cosas funestas que podrían sobrevenirle. Hasta las cinco de la tarde despertó preguntando: — ¿Qué horas serán? Creo que me he dormido mucho: ha sido un rato delicioso, un sueño de una pieza y muy tranquilo, al sentir latir cerca de mi cabeza este amante corazón. Y estrechando á su padre con efusión, le besó la venerable frente circundada de honrosas canas. D. Juan no hallaba qué decir, y asomando á sus ojos lágrimas de ternura, recibía complacido las caricias de su hijo.

— Ya no más lágrimas, padre mío, pronto nos volveremos á ver: yo procuraré escribirle siempre que tenga oportunidad. Ensillaron, y acompañándolo su padre hasta el Puente de Vigas, se volvieron á despedir, partiendo Lorenzo á media rienda, mientras que D. Juan, á todo el término del tortuguillo, regresó para su casa algo más conforme de la ausencia de su hijo; éste decía hablando solo: — De veras que mi padre me quiere, cada día tengo más que agradecerle: con qué calor me hizo conocer

que no debía faltar á mi palabra; luego encontró disculpa para sus lágrimas, y bondadoso me echó su bendición dándome generosamente este cuaco, por el que no ha querido trescientos pesos, sus trabucos, el perro, y por último, me trajo bastimento para más de tres días, sin olvidarse ni del Sultán, para quien compró bastantes pampazos. Voy á ver cómo logro hacer cuanto antes un punterito, me vengo á estar con él para recoger su último aliento y que se le quite el gran cuidado en que lo dejo. Esa noche y hasta medio día siguiente, anduvo muy á la ligera hasta quedar cosa de cuatro leguas distante de la casa de Alejo; descansó en el Encinal de Yereje, dió á sus caballos un pienso, y después de comer alguna cosa, se durmió un buen rato custodiado por su buen Sultán: ya obscureciendo, prosiguió su camino á buen paso.



Los Hermanos de la Hoja.